

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LIII, número 41 (2.737)

Ciudad del Vaticano

8 de octubre de 2021

Cambiar las relaciones entre los pueblos y de los pueblos con la tierra



En el Ángelus el nuevo llamamiento del Papa por la «amada tierra» birmana

Nunca más lágrimas de dolor y muerte en Myanmar

Por la «amada tierra de Myanmar» el Papa Francisco invocó una vez más «el don de la paz». Lo hizo al finalizar el Ángelus del domingo 3 de octubre, en la plaza San Pedro, deseando que «las manos de cuantos la habitan no deban enjugar más lágrimas de dolor y de muerte, sino que puedan estrecharse a fin de superar las dificultades y trabajar juntas para traer la paz». Anteriormente, comentando el pasaje evangélico de la liturgia dominical (Marcos 10, 2-16) el Pontífice había recordado que Dios está «en los pequeños, en los necesitados», en particular en los «los enfermos, los humillados, los prisioneros, los inmigrantes, los presos».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! En el Evangelio de la Liturgia de hoy vemos una reacción de Jesús más bien insólita: se indigna. Y lo que más sorprende es que su indignación no es causada por los fariseos que lo ponen a prueba con preguntas sobre la licitud del divorcio, sino por sus discípulos que, para protegerlo de la aglomeración de gente, riñen a algunos niños que habían sido llevados ante Jesús. En otras palabras, el Señor no se indigna con quienes discuten con Él, sino con quienes, para aliviarle el cansancio, alejan de Él a los niños. ¿Por qué? Es una buena pregunta: ¿por qué el Señor hace esto?

Recordemos —era el Evangelio de hace dos domingos— que Jesús, realizando el gesto de abrazar a un niño, se había identificado con los pequeños: había enseñado que precisamente los pequeños, es decir, los que dependen de los demás, los que tienen necesidad y no pueden restituir, han de ser servidos los primeros (cfr. *Mc* 9,35-37). Quien busca a Dios lo encuentra allí, en los pequeños, en los necesitados, necesitados no solo de bienes, sino también de cuidados y de consuelo, como los enfermos, los humillados, los prisioneros, los inmigrantes, los presos. Allí está Él, en los pequeños. He aquí por qué Jesús se indigna: cada afrenta hecha a un pequeño, a un pobre, a un ni-

ño, a un indefenso, se le hace a Él.

Hoy el Señor retoma esta enseñanza y la completa. De hecho, añade: «El que no recibe el Reino de Dios como un niño, no entrará en él» (*Mc* 10,15). Esta es la novedad: el discípulo no solo debe servir a los pequeños, sino que también ha de reconocerse pequeño él mismo. Y cada uno de nosotros, ¿se reconoce pequeño ante Dios? Pensémoslo, nos ayudará. Saberse pequeños, saberse necesitados de salvación, es indispensable para acoger al Señor. Es el primer paso para abrirnos a Él. Sin embargo, a menudo nos olvidamos de esto. En la prosperidad, en el bienestar, vivimos la ilusión de ser autosuficientes, de bastarnos a nosotros mismos, de no tener necesidad de Dios. Hermanos y hermanas, esto es un engaño, porque cada uno de nosotros es un ser necesitado, pequeño. Debemos buscar nuestra propia pequeñez y reconocerla. Y allí encontraremos a Jesús.

En la vida, reconocerse pequeño es un punto de partida para llegar a ser grande. Si lo pensamos bien, crecemos no tanto gracias a los éxitos y a las cosas que tenemos, sino, sobre todo, en los momentos de lucha y de fragilidad. Ahí, en la necesidad, maduramos; ahí abrimos el corazón a Dios, a los demás, al sentido de la vida. Abrimos los ojos a los demás. Cuando somos pequeños abrimos los ojos al

verdadero sentido de la vida. Cuando nos sentimos pequeños ante un problema, pequeños ante una cruz, una enfermedad, cuando experimentamos fatiga y soledad, no nos desanimemos. Está cayendo la máscara de la superficialidad y está resurgiendo nuestra radical fragilidad: es nuestra base común, nuestro tesoro, porque con Dios las fragilidades no son obstáculos, sino oportunidades. Una bella oración sería esta: «Señor, mira mis fragilidades...»; y enumerarlas ante Él. Esta es una buena actitud ante Dios.

De hecho, precisamente en la fragilidad descubrimos cuántos nos cuida Dios. El Evangelio de hoy dice que Jesús es muy tierno con los pequeños: «Los abrazó y los bendijo, imponiéndoles las manos» (v. 16). Las contrariedades, las situaciones que revelan nuestra fragilidad son ocasiones privilegiadas para experimentar su amor.

Lo sabe bien quien reza con perseverancia: en los momentos oscuros o de soledad, la ternura de Dios hacia nosotros se hace —por así decir— aún más presente. Cuando somos pequeños, sentimos más la ternura de Dios.

Esta ternura nos da paz, esta ternura nos hace crecer, porque Dios se nos acerca a su manera, que es cercanía, compasión y ternura. Y cuando nos sentimos poca cosa —es decir, pequeños— por cualquier motivo, el Señor se nos acerca más, lo sentimos más cercano. Nos da paz, nos hace crecer.

En la oración, el Señor nos abraza como un papá a su niño. Así nos hacemos grandes: no con la ilusoria pretensión de nuestra autosuficiencia —esto no hace grande a nadie—, sino con la fortaleza de depositar en el Padre toda es-

peranza. Justo como hacen los pequeños, hacen así.

Pidamos hoy a la Virgen María una gracia grande, la de la pequeñez: ser niños que se fían del Padre, seguros de que Él nunca deja de cuidarnos.

Al finalizar de la oración mariana, después de haber recordado el grave episodio de violencia que tuvo lugar en los días pasados en una cárcel de Ecuador, el Papa lanzó el llamamiento de paz por Myanmar, dirigiendo después su pensamiento a las dos mujeres beatificadas el domingo en Catanzaro y a los fieles reunidos en el santuario de la Virgen del Rosario de Pompeya para la oración de la súplica a la Virgen. Finalmente, al saludar a los grupos de fieles presentes, hizo referencia al Día para la eliminación de las barreras arquitectónicas, que se celebraba en Italia, subrayando que «todos podemos echar una mano para construir una sociedad en la que nadie se sienta excluido».

Queridos hermanos y hermanas:

Me ha entristecido mucho lo que ha sucedido en los pasados días en la cárcel de Guayaquil, en Ecuador. Una terrible explosión de violencia entre detenidos pertenecientes a bandas rivales ha provocado más de cien muertos y numerosos heridos. Rezo por ellos y por sus familias. Dios nos ayude a sanar las llagas del crimen que esclaviza a los más pobres. Y ayude a cuantos trabajan cada día para hacer más humana la vida en las cárceles. Deseo implorar nuevamente a Dios el don de la paz para la amada tierra de Myanmar: para que las manos de cuantos la habitan no deban enjugar más lágrimas de dolor y de muerte, sino que puedan estrecharse a fin de superar las dificultades y trabajar juntas para traer la paz.



Hoy, en Catanzaro, serán beatificadas María Antonia Samà y Gaetana Tolomeo, dos mujeres que padecieron inmovilidad física durante toda su vida. Sostenidas por la gracia divina, abrazaron la cruz de su enfermedad, transformando el dolor en una alabanza al Señor. Su lecho se convirtió en punto de referencia espiritual y lugar de oración y de crecimiento cristiano para mucha gente que encontraba junto a él consuelo y esperanza. ¡Un aplauso para las nuevas Beatas! En este primer domingo de octubre, mi pensamiento va a los fieles reunidos en el Santuario de Pompeya para recitar la Súplica a la Virgen María. Durante este mes, renovemos juntos el compromiso de rezar el santo Rosario.

Dirijo mi saludo a vosotros, queridos romanos y peregrinos. En especial, a los fieles de Wépion, en la diócesis de Namur, en Bélgica; a los jóvenes de Uzzano, en la diócesis de Pescia; y a los chicos con discapacidades venidos desde Módena, acompañados por las Pequeñas Hermanas de Jesús Trabajador y por voluntarios. A propósito, hoy en Italia se celebra el Día para la eliminación de las barreras arquitectónicas. Todos podemos echar una mano para construir una sociedad en la que nadie se sienta excluido. Gracias por vuestro trabajo. Os deseo a todos un feliz domingo. ¡También a los chicos de la Inmaculada! Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto.

A través del Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral

Ayuda del Papa a las poblaciones de Sudán del Sur y Grecia

El Papa Francisco ha enviado ayuda a las poblaciones de Sudán del Sur víctimas de inundaciones y a las de Grecia afectadas por los incendios. Lo anunció el dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral, a través de un comunicado el lunes 4 de octubre.

En dicho comunicado se subraya cómo, después de las fuertes lluvias y aluviones que el pasado agosto devastaron el país africano, causando más de doce mil desplazados, con cerca de seis mil casas dañadas o destruidas e ingentes daños materiales, el Pontífice había establecido enviar 75.000 dólares estadounidenses.

La contribución, proporcionada por el mismo dicasterio, fue destinada a las actividades de emergencia y a programas para el sustento de la población en la diócesis de Sudán del Sur de Malakal, duramente golpeada.

El Santo Padre además ha dispuesto —prosigue el comunicado— hacer llegar una primera contribución de 50.000 euros para apoyar a las poblaciones griegas que también en agosto reportaron graves pérdidas por los incendios que hubo en la isla de Evia, en la península del Ática y en la región del Peloponeso, que han destruido más de cien hectáreas de terrenos, campos y cultivos. La suma será destinada a las actividades promovidas por Caritas Hellas.

Tales iniciativas, concluye el comunicado, «quieren expresar los sentimientos de cercanía espiritual y aliento paternal del Papa Francisco a las personas y territorios afectados».

Acompañan a la oración y forman parte de la ayuda que se activa en toda la Iglesia católica, en la que también participan numerosas organizaciones caritativas».

¿Estás preparado?

El vídeo del Papa para octubre, mes del Sínodo y de la Jornada misionera

«¿Estás preparado?» Interpela y alcanza directamente a cada uno la pregunta de Francisco al inicio del videomensaje con la intención para el mes de octubre difundida a través de la Red mundial de oración del Papa.

Y sí, «¿estás preparado?». Porque, hace presente el Pontífice, «Jesús nos pide a todos, y a ti también, ser discípulos misioneros».

«Discípulos misioneros», por tanto, para alentar un estilo fuertemente relacionado con el inicio del camino sinodal de la Iglesia y también con la Jornada misionera mundial, que se celebra el domingo 17 de octubre.

De aquí la formulación de la intención para octubre de la Red mundial de oración del Papa: «Recemos para que cada bautizado participe en la evangelización y que cada bautizado

esté disponible para la misión a través de su testimonio de vida. Y que este testimonio de vida tenga sabor a Evangelio».

«Basta con estar disponibles a su llamada —son las palabras del Papa en el video— y vivir unidos al Señor en las cosas más cotidianas, el trabajo, los encuentros, las ocupaciones de cada día, las casualidades de cada día, dejándonos guiar siempre por el Espíritu Santo».

«Si te mueve Cristo, si haces las cosas porque Cristo te guía, los demás se dan cuenta fácilmente» afirma Francisco. «Y tu testimonio de vida —añade— provoca admiración, y la admiración hace que otros se pregunten: “¿Cómo es posible que esto sea así?” o “¿De dónde le viene a esta persona el amor con que trata a todos, la amabilidad,

el buen humor?»».

«Recordemos que la misión no es proselitismo» —prosigue el Papa en el videomensaje— porque «se basa en un encuentro entre personas, en el testimonio de hombres y mujeres que dicen: “Yo conozco a Jesús, me gustaría que tú también lo conocieras”».

Para concluir Francisco invita a rezar «para que cada bautizado participe en la evangelización y que cada bautizado esté disponible para la misión a través de su testimonio de vida. Y que este testimonio de vida tenga sabor a Evangelio».

Difundido a través de la página web www.thepopevideo.org, el vídeo traducido a 23 lenguas es creado y producido por la Red mundial de oración en colaboración con la agencia La Machi y el Dicasterio para la comunicación.

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicusque suum Non praecedunt

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.orr@spc.va
www.osservatoreromano.va

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 4581

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico
pubblicazioni.photo@spc.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@redazionemilano.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 45450/45451/45454, fax + 39 06 698 45456, e-mail: ingo.orr@spc.va - diffusione.orr@spc.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.; teléfono + 52 55 2652 99 55; fax + 52 55 5518 75 31; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.

En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 357 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

Discurso del Papa en el encuentro «Fe y ciencia: hacia la Cop26»

Es urgente dar respuestas eficaces a la crisis ecológica

Publicamos el discurso entregado por el Papa a los participantes del encuentro «Fe y ciencia: hacia la Cop26» que tuvo lugar la mañana del 4 de octubre, en el Aula de las Bendiciones.

Jefes y representantes religiosos, Excelencias, queridos amigos.

Gracias a todos por reuniros, mostrando el deseo de un diálogo profundo entre nosotros y con los expertos de la ciencia. Me permito ofrecer tres conceptos para reflexionar sobre esta colaboración: la mirada de la interdependencia y del compartir, el motor del amor y la vocación al respeto.

1. Todo está conectado, en el mundo todo está íntimamente unido. No sólo la ciencia, sino también nuestros credos y nuestras tradiciones espirituales muestran esta conexión que existe entre todos nosotros y el resto de la creación. Reconocemos los signos de la armonía divina presente en el mundo natural. Ninguna criatura se basta a sí misma, todas existen en dependencia unas de otras, para complementarse y servirse mutuamente [1]. Casi podríamos decir que cada una fue donada por el Creador a las demás, para que en la relación de amor y de respeto puedan crecer y realizarse en plenitud. Plantas, aguas, seres animados son guiados por una ley impresa por Dios en ellos para el bien de toda la creación.

Reconocer que el mundo está

interconectado significa no sólo comprender las consecuencias dañinas de nuestras acciones, sino también individualizar comportamientos y soluciones que deben adoptarse con una mirada abierta a la interdependencia y al compartir. No se puede actuar solos, es fundamental el compromiso de cada uno por el cuidado de los demás y del ambiente, el compromiso que lleve a un cambio de rumbo que es muy urgente y que se debe alimentar también de nuestra fe y espiritualidad. Para los cristianos, la mirada de la interdependencia surge del misterio mismo del Dios trino: «Porque la persona humana más crece, más madura

y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas. Así asume en su propia existencia ese dinamismo trinitario que Dios ha impreso en ella desde su creación» [2].

El encuentro de hoy, que une muchas culturas y espiritualidades en un espíritu de fraternidad, no hace más que reforzar la conciencia de que somos miembros de una única familia humana. Tenemos cada uno nuestra propia fe y tradición espiritual, pero no hay fronteras y barreras culturales, políticas o sociales que nos consientan aislarnos. Para

iluminar esta mirada queremos comprometernos con un futuro modelado por la interdependencia y por la corresponsabilidad.

2. Este compromiso se debe solicitar continuamente al motor del amor: «Desde la intimidad de cada corazón, el amor crea vínculos y amplía la existencia cuando saca a la persona de sí misma hacia el otro» [3]. Sin embargo, la fuerza propulsora del amor no se «pone en marcha» una vez para siempre, sino que va reavivada día a día; esta es una de las grandes aportaciones que nuestros credos y tradiciones espirituales ofrecen para facilitar este cambio de rumbo que nos hace tanta fal-

ta. El amor es espejo de una vida espiritual vivida intensamente. Un amor que se extiende a todos, más allá de las fronteras culturales, políticas y sociales; un amor que integra, también y sobre todo en beneficio de los últimos, quienes son muchas veces los que nos enseñan a superar las barreras del egoísmo y a romper las paredes del yo.

Es este un desafío que nos pone frente a la necesidad de contrastar esa cultura del descarte, que parece prevalecer en nuestra sociedad y que se sedimenta sobre aquellos que nuestro Llamamiento conjunto denomina «semillas de conflicto: avidez, indiferencia,

ignorancia, miedo, injusticia, inseguridad y violencia». Son estas mismas semillas de conflicto las que causan las graves heridas que provocamos en el ambiente como los cambios climáticos, la desertización, la contaminación, la pérdida de biodiversidad, llevando a la rotura de «esa alianza entre ser humano y medio ambiente que ha de ser reflejo del amor creador de Dios, del cual procedemos y hacia el cual caminamos» [4].

Este desafío a favor de una cultura del cuidado de nuestra casa común y también de nosotros mismos tiene el sabor de la esperanza, porque no hay duda que la humanidad no ha contado con tantos medios para alcanzar este objetivo como los que tiene hoy.

Este mismo desafío se puede afrontar sobre varios ámbitos; en particular quisiera señalar dos: el del ejemplo y la acción, y el de la educación. En ambos ámbitos, nosotros, inspirados por nuestros credos y tradiciones espirituales, podemos ofrecer importantes aportaciones. Son muchas las posibilidades que surgen, como por otra parte pone en evidencia el Llamamiento conjunto, en el que se ilustran también varios recorridos educativos y formativos que podemos desarrollar a favor del cuidado de nuestra casa común.

3. Este cuidado es también una vocación al respeto. Respeto por la creación, respeto por el prójimo, respeto por sí mismos y respeto hacia al Creador.

Pero también respeto recíproco entre fe y ciencia, para «entrar en un diálogo entre ellas orientado al cuidado de la naturaleza, a la defensa de los pobres, a la construcción de redes de respeto y de fraternidad» [5].

Un respeto que no es el mero reconocimiento abstracto y pasivo del otro, sino vivido de manera empática y activa, con el deseo de conocerlo y entrar en diálogo con él para caminar juntos en este viaje común, sabiendo bien que, como también indica el Llamamiento: «lo que podemos obtener depende no sólo de las oportunidades y de los recursos, sino también de la esperanza, de la valentía y de la buena voluntad».

La mirada de la interdependencia y del compartir, el motor del amor y la vocación al respeto son las tres claves de lectura que me parecen iluminar nuestro trabajo para el cuidado de la casa común.

La COP26 de Glasgow está llamada, urgentemente, a ofrecer respuestas eficaces a la crisis ecológica sin precedentes y a la crisis de valores que vivimos, y así ofrecer una esperanza concreta a las generaciones futuras. Deseamos acompañarla con nuestro compromiso y nuestra cercanía espiritual.

[1] Cf. *Carta enc. Laudato si'*, 86.

[2] *Ibid.*, 240.

[3] *Carta enc. Fratelli tutti*, 88.

[4] *Benedicto XVI, Carta enc. Caritas in veritate*, 50.

[5] *Carta enc. Laudato si'*, 201.



Videomensaje a un seminario en el ámbito del Youth4Climate

Por un modelo cultural de desarrollo y sostenibilidad

Hoy hay necesidad de «un proceso educativo» que favorezca «un modelo cultural de desarrollo y de sostenibilidad centrado en la fraternidad y en la alianza entre el ser humano y el medio ambiente». Lo afirma el Papa en un videomensaje enviado a los participantes del seminario dedicado a la promoción de una educación sostenible que tuvo lugar el 29 de septiembre en Milán, en el ámbito de Youth4Climate, el encuentro organizado por Italia en el cuadro de la copresidencia italo-británica de la Cop26.

Queridos jóvenes:

Quiero agradecerles por los sueños y proyectos de bien que ustedes tienen y por el hecho de que se preocupan tanto de las relaciones humanas como del cuidado del medio ambiente. Gracias. Es una inquietud que hace bien a todos. Esta visión es capaz de poner en crisis al mundo de los adultos, ya que revela el hecho de que ustedes no solo están preparados para la acción, sino que están disponibles para la escucha paciente, el diálogo constructivo y la comprensión mutua.

Por eso, los aliento a unir esfuerzos mediante una amplia alianza educativa para formar generaciones de bien, maduras, capaces de superar las fragmentaciones y reconstruir el tejido de las relaciones de tal manera que podamos llegar a una humanidad más fraterna. Se dice que ustedes son el futuro, pero en estas cosas son el presente, son los que están fabricando hoy, en el presente, el futuro. El Pacto Educativo Global —que se lanzó en 2019— va en

esta dirección y trata de dar respuestas compartidas al cambio histórico que la humanidad está experimentando y que la pandemia ha hecho todavía más evidente. Las soluciones técnicas y políticas no son suficientes, si no están sustentadas por la responsabilidad de cada miembro y por un proceso educativo que favorezca un modelo cultural de desarrollo y de sostenibilidad centrado en la fraternidad y en la alianza entre el ser humano y el medio ambiente.

Tiene que haber armonía entre las personas, hombres y mujeres y el medio ambiente. No somos enemigos, no somos indiferentes. Formamos parte de esta armonía cósmica.

A través de ideas y proyectos comunes se podrán encontrar soluciones que superen la pobreza energética y que pongan el cuidado de los bienes comunes en el centro de las políticas nacionales e internacionales, favoreciendo la producción sostenible, la economía

circular, la puesta en común de las tecnologías adecuadas. Es el momento de tomar decisiones sabias para que se sepan aprovechar las muchas experiencias adquiridas en los últimos años, con el fin de hacer posible una cultura del cuidado, una cultura del compartir responsable.

Acompañen el camino de ustedes y los animo a desarrollar el trabajo por el bien de la humanidad. Que Dios los bendiga a todos. Gracias.

El Papa para la próxima Jornada mundial de las comunicaciones sociales

Donde comienza la búsqueda de la verdad

«¡Escuchad!». Este es el tema que el Papa Francisco ha elegido para la 56ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, que se celebrará en 2022. Después del mensaje de 2021, centrado en el *ir y ver*, en su nuevo mensaje para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales 2022 el Pontífice pide al mundo de la comunicación que aprenda a escuchar de nuevo. La pandemia ha golpeado y herido a todos y todos necesitan ser escuchados y consolados. La escucha también es fundamental para una buena información. La búsqueda de la verdad comienza con la escucha. Y también el testimonio a través de los



medios de comunicación social. Todo diálogo, toda relación comienza con la escucha. Por eso, para crecer, incluso profesionalmente, como comunicadores, tenemos que volver a aprender a escuchar mucho. El mismo Jesús nos pide que prestemos atención a cómo escuchamos (cf. *Lc 8,18*). Para poder escuchar realmente se necesita valor, un corazón libre y abierto, sin prejuicios. En este tiempo en que toda la Iglesia está invitada a ponerse a la escucha para aprender a ser una Iglesia sinodal, todos estamos invitados a redescubrir la escucha como algo esencial para una buena comunicación.

El deseo del Papa en un mensaje a la Pontificia Academia de las ciencias sociales

Contra la indiferencia es necesario un movimiento global inspirado por las bienaventuranzas

«Ciencia y ética de la felicidad. Caritas, amistad social y el final de la pobreza» es el tema del encuentro dedicado a la primera Bienaventuranza —Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos (Mateo 5, 3)— que tuvo lugar del 3 al 4 de octubre por iniciativa de la Pontificia Academia de las ciencias sociales en la sede de la Casina Pio II, en los Jardines Vaticanos. Publicamos a continuación el mensaje enviado por el Papa Francisco a los congresistas, que fue difundido la mañana del domingo 3, en la apertura del encuentro.

Queridos hermanos y hermanas:

Según san Agustín, toda la perfección de nuestra vida está contenida en el “sermón de la montaña” (cf. Mt 5); y lo demuestra por el hecho de que Jesucristo incluye en ellas el fin al que nos conduce, es decir, la promesa de la felicidad. [1] Ser feliz es aquello que más anhela el ser humano. De ahí que el Señor promete la felicidad a los que quieran vivir según su estilo y ser reconocidos como bienaventurados.

Toda la felicidad está incluida en estas bienaventuradas palabras de Cristo. Ahora, si bien todos los humanos desean la felicidad, difieren en sus juicios concretos sobre ella: algunos desean esto, otros aquello. Hoy nos topamos con un paradigma imperante, muy difundido por el “pensamiento único”, que confunde la utilidad con la felicidad, pasarla bien con vivir bien y pretende volverse el único criterio válido de discernimiento. Una forma sutil de colonialismo ideológico. Se trata de imponer la ideología según la cual la felicidad sólo consistiría en lo útil, en las cosas y en los bienes, en la abundancia de cosas, de fama y de dinero. Ya el salmista lamenta esta tergiversación: «¡Feliz el pueblo que tiene todo esto!» (Sal 144,15). Se aprovecha el miedo de las personas, miedo a quedarse sin lo necesario, porque saben que aterra sufrir carencias en el futuro. Cualquier forma de escasez provoca la avaricia. De ahí surge el deseo inmoderado de poseer riquezas, que no es otra cosa que lo que san Pablo llama “avaricia”. Tal avaricia puede apoderarse tanto de las personas como de las familias y de las naciones, especialmente de las más ricas, aunque tampoco están exentas las más desprovistas. También puede suscitar en unas y en otras un materialismo sofocante y un estado general de conflicto que lo único que logra es multiplicar la pobreza para la mayoría. Esta situación es causa de enormes sufrimientos y ataca al mismo tiempo la dignidad de las personas y la del planeta —nuestra Casa Común—. Todo ello, con el interés de sostener la tiranía del dinero que sólo garantiza privilegios a unos pocos. Podemos estar muy agarrados al dinero, poseer muchas cosas, pero al final no nos las llevaremos con nosotros. Recuerdo siempre lo que me enseñó mi abuela: «el sudario no tiene bolsillos».

Hoy vemos que el mundo nunca ha sido tan rico, sin embargo —a pesar de tal abundancia— la pobreza y la desigualdad persisten y, lo que es peor aún, crecen. En estos tiempos de opulencia, en los que debería ser posible poner fin a la pobreza, los poderes del pensamiento único no dicen na-



da de los pobres, ni de los ancianos, ni de los inmigrantes, ni de las personas por nacer, ni de los gravemente enfermos. Invisibles para la mayoría, son tratados como descartables. Y cuando se los hace visibles, se los suele presentar como una carga indigna para el erario público. Es un crimen de lesa humanidad que, a consecuencia de este paradigma avaro y egoísta predominante, nuestros jóvenes sean explotados por la nueva creciente esclavitud del tráfico de personas, especialmente en el trabajo forzado, la prostitución y la venta de órganos.

Habida cuenta de los enormes recursos disponibles de dinero, riqueza y tecnología con que contamos, nuestra mayor necesidad no es ni seguir acumulando, ni una mayor riqueza, ni más tecnología, sino actuar el paradigma siempre nuevo y revolucionario de las bienaventuranzas de Jesús, empezando por la primera que ustedes están considerando con tanta atención: «Felices () los pobres de espíritu (), porque a ellos les pertenece el Reino de los cielos» (Mt 5,3). Paradójicamente el espíritu de pobreza es aquel punto de inflexión que nos abre el camino hacia la felicidad mediante un giro completo de paradigma. Este, mientras nos despoja del espíritu mundano, nos conduce a usar nuestras riquezas y tecnologías, bienes y servicios, de la justicia social y del cuidado y protección de nuestra casa común. La paradoja de la pobreza de espíritu, a la que somos llamados, consiste en que siendo la llave de la felicidad para todos —individual y socialmente—, no todos quieren escucharla: «¡Qué difícil es para los ricos entrar en el reino de Dios!» (Lc 18,24).

La pobreza de espíritu es, entonces, este camino sorprendente e insólito, “estrecho y angosto” (Mt 7,14), pero seguro para alcanzar la plenitud a la que como personas y como sociedad estamos llamados.

Pero atención, Jesús no dice que sea una bendición la pobreza “material”, entendida como privación de lo necesario para vivir dignamente: alimento, trabajo, vivienda, salud, vestimenta, educación, oportunidades, etc. Esta pobreza es causada la mayoría de las veces por la injusticia y la avaricia, y no tanto por las fuerzas de la naturaleza (calentamiento global, calamidades,

pandemias, terremotos, inundaciones, tsunamis, etc.), es más en algunas estas últimas no pocas veces también se advierte la manipulación humana. La pobreza como privación de lo necesario —es decir, la miseria— es socialmente, como lo han visto claramente L. Bloy y Péguy, una especie de infierno, porque debilita la libertad humana y pone a los que la sufren en condiciones de ser víctimas de las nuevas esclavitudes (trabajo forzado, prostitución, tráfico de órganos y otras más) para poder sobrevivir. Son condiciones criminales que en estricta justicia deben ser denunciadas y combatidas sin descanso. Todos, según la propia responsabilidad, y en particular por los gobiernos, las empresas multinacionales y nacionales, la sociedad civil y las comunidades religiosas, deben hacerlos. Son las peores degradaciones de la dignidad humana y para un cristiano, las llagas abiertas del cuerpo de Cristo que desde su cruz clama: tengo sed. «¡Felices ustedes, los pobres, porque el Reino de Dios les pertenece!» como lo afirma san Lucas (cf. 6,20) es un llamado a la libertad que prioriza la necesidad de socorrer al enfermo y al pobre con alimento, salud, refugio, vestimenta y otras necesidades básicas. Es más, Jesús proclama que en el juicio final se medirá a todas las personas, a las familias, a las asociaciones, como también a todos los pueblos según el protocolo de ayuda a los hermanos necesitados: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25,40).

Los pobres de espíritu son ricos de este “instinto” del Espíritu Santo, son ricos de fraternidad y deseos de la amistad social. Así lo testimonió el joven Francisco de Asís, hijo de un rico comerciante, en los albores de la era industrial, del capitalismo y de la banca, abandona las riquezas y comodidades para hacerse pobre entre los pobres, testimoniando esta bienaventuranza con el llamado *spozalizio con madonna povertà*. Movido por el espíritu de pobreza advierte en el sufrimiento del leproso que la verdadera riqueza y la alegría no son las cosas, el tener, el paradigma mundano, sino el amor a Cristo y el servicio solidario a los demás. En un sentido plenamente serio y entusiasta —afirma Chesterton— san Francisco po-

día decir: “Bienaventurado quien nada tiene ni espera porque poseerá todo y de todo disfrutará”. [2] Asimismo, tocada por el sufrimiento de la multitud de pobres de nuestro tiempo que consideraba como propios, la misericordia ha sido para Madre Teresa de Calcuta el agua viva y el pan vivo que daban primor a cada obra suya, y la energía que saciaba y alimentaba a los que no tenían nada más que “hambre y sed de justicia”. Del mismo modo, muchoshombres y mujeres de fe viva —y no sólo— han recibido gracias de los pobres, porque en cada hermano y hermana en dificultad abrazamos la carne de Cristo sufriente.

Junto al aumento masivo de la pobreza, la otra consecuencia del paradigma materialista predominante es el creciente incremento de la grieta de las desigualdades, lo cual causa el malestar social y generaliza el conflicto, no sólo poniendo en peligro la democracia, sino también debilitando el necesario bien social. Este trágico y sistémico aumento de las desigualdades entre grupos sociales dentro de un mismo país y entre las poblaciones de los diferentes países tiene también un impacto negativo en el plano económico, político, cultural e inclusive espiritual. Y esto a causa del progresivo desgaste del conjunto de relaciones de fraternidad, amistad social, concordia, confianza, fiabilidad y respeto, que son el alma de toda convivencia civil. Naturalmente, la avaricia que mueve el sistema ha dejado de lado ya, desde hace mucho tiempo, la principal consecuencia económico-social y política del “espíritu de pobreza”, aquella que exige la justicia social y la co-responsabilidad en la gestión de los



bienes y de los frutos del trabajo de los seres humanos. «Acaso, ¿soy el guardián de mi hermano?» (Gn 4,9). El Catecismo de la Iglesia católica recuerda que: «El derecho a la propiedad privada, adquirida o recibida de modo justo, no anula la donación original de la tierra al conjunto de la humanidad. El destino universal de los bienes continúa siendo primordial, aunque la promoción del bien común exija el respeto de la propiedad privada, de su derecho y de su ejercicio». [3] Y poco después agrega: «Los bienes de producción —materiales o inmateriales— como tierras o fábricas, profesiones o artes, requieren los cuidados de sus poseedores para que su fecundidad aproveche al mayor número de personas». [4] De modo que los poseedores de

bienes deben usarlos con espíritu de pobreza reservando la mejor parte al huésped, al enfermo, al pobre, al viejo, al desvalido, al excluido; que son el rostro, tantas veces olvidado, de Jesús, que es a quién buscamos cuando buscamos el bien común. El desarrollo de una sociedad se mide por la capacidad de socorrer premurosamente al que sufre.

Ya en 1967, san Pablo VI escribía en la encíclica *Populorum progressio*: «Sabido es con qué firmeza los Padres de la Iglesia han precisado cuál debe ser la actitud de los que poseen respecto a los que se encuentran en necesidad: ‘No es parte de tus bienes —así dice san Ambrosio— lo que tú das al pobre; lo que le das le pertenece. Porque lo que ha sido dado para el uso de todos, tú te lo apropias. La tierra ha sido dada para todo el mundo y no solamente para los ricos’». [5] Un nuevo paso importante, en 1987, es dado por san Juan Pablo II, quien introduce por primera vez la noción de “estructuras de pecado” para indicar una de las principales causas de la desigualdad social del sistema capitalista, que produce esclavos. [6]

La buena noticia es que, creado a imagen de Dios, el ser humano está llamado a colaborar libremente con el Creador y a desarrollar sosteniblemente la tierra y, a su vez, a plasmar la sociedad con el carácter espiritual fraterno que él mismo recibió en el programa de las bienaventuranzas. Si bien la globalización de la indiferencia parece ser la voz imperante, durante todo este tiempo de pandemia vimos como la globalización de la solidaridad se pudo imponer con su discreción característica en los distintos rincones de nuestras ciudades. Debemos, por tanto, despo-

que no coma» (2 Ts 3,10). Pero al mismo tiempo advierte a su discípulo Timoteo sobre la avaricia como origen de muchos males personales y sociales: «Los que desean ser ricos se exponen a la tentación, caen en la trampa de innumerables ambiciones, y cometen desatinos funestos que los precipitan a la ruina y a la pérdida» (1 Tm 6,9). «Porque la avaricia () es la raíz de todos los males, y al dejarse llevar por ella, algunos perdieron la fe y se ocasionaron innumerables sufrimientos» (1 Tm 6,10). A muchos este texto les parecerá de valor religioso o ascético, pero no económico. Es más, les parecerá destructor de la economía. Sin embargo, es un texto eminentemente socioeconómico y político, como lo son las bienaventuranzas de Cristo y en especial aquella del espíritu de pobreza en la que este se inspira. Porque Pablo individualiza con extrema lucidez: «se ocasionaron innumerables sufrimientos», es decir, la avaricia no les suministró el bienestar económico y social que buscaban, ni tampoco la libertad y la felicidad que deseaban. Al contrario, la avaricia esclaviza al poder de turno sin piedad y sin justicia en la lucha despiadada por el becerro de oro y el dominio, como lo demuestra la economía moderna. Por ello, el bienestar mismo de cada persona, de la economía y de la sociedad local y global exige el espíritu de pobreza, el ser capaces de regular el deseo de lucro y avaricia, de dejarnos guiar por el Espíritu Santo, cuyos frutos de «amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y dominio de sí» (Ga 5, 22s).

Para superar esta avaricia, estamos llamados a realizar un movimiento global contra la indiferencia que cree o recree instituciones sociales inspiradas en las bienaventuranzas y nos impulsen a buscar la civilización del amor. Un movimiento que ponga límite a todas aquellas actividades e instituciones que por su propia inclinación tienden sólo al lucro, especialmente las que san Juan Pablo II llamó “estructuras de pecado”. Entre ellas la que definió como “globalización de indiferencia”. Pidamos al Señor que nos dé su “espíritu de pobreza”. Busquemos y nos ayudará a encontrarlo. Llamemos para que se nos abra la puerta del camino de las bienaventuranzas y de la auténtica felicidad.

Roma, San Juan de Letrán,
2 de octubre de 2021

FRANCISCO

[1] «Si alguien considera piadosa y sobriamente el sermón que nuestro Señor Jesucristo pronunció en el monte, como lo leemos en el Evangelio según san Mateo, creo que encontrará en él, en lo que respecta a la más alta moral, una norma perfecta de la vida cristiana» (San Agustín, *Sobre el Sermón de la Montaña*, I, 1).

[2] G.K. CHESTERTON San Francisco de Asís, cap. 5, El juglar de Dios.

[3] Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2403.

[4] *Ibid.* n. 2405.

[5] Cf. n. 23.

[6] Cf. Carta enc. *Sollicitudo Rei Socialis*, 36-40.

Mensaje con ocasión del segundo evento mundial "The Economy of Francesco"

El Papa a los jóvenes: «Sois la última generación que puede salvar la Tierra»

Llamados a poner de nuevo la fraternidad en el centro de la economía

Los jóvenes representan hoy «la última generación que pueda salvar» al planeta de la catástrofe ecológica. Lo afirma el Papa Francisco en un videomensaje enviado a los jóvenes que participaron en el segundo evento mundial "La economía de Francisco", que se celebró el 2 de octubre en directo desde el edificio Monte Frumentario de Asís.

Queridos jóvenes:

Os saludo con afecto, y me alegra encontraros —aunque sea virtualmente— en este segundo evento vuestro. En los últimos meses, me han llegado muchas noticias sobre las experiencias e iniciativas que habéis construido juntos, y quiero agradecer el entusiasmo con el que estáis llevando a cabo esta misión de dar un alma nueva a la economía.

La pandemia de Covid-19 no sólo nos ha revelado las profundas desigualdades que infectan nuestras sociedades: también las ha amplificado. Desde la aparición de un virus procedente del mundo animal, nuestras comunidades han sufrido el gran aumento del desempleo, la pobreza, la desigualdad, el hambre y la exclusión de la atención sanitaria necesaria. No olvidemos que unos pocos han aprovechado la pandemia para enriquecerse y encerrarse en su propio recinto. Todo este sufrimiento recae de forma desproporcionada en nuestros hermanos y hermanas más pobres.

En los últimos dos años, nos hemos enfrentado a todos nuestros fracasos en el cuidado de nuestra casa y familia común. A menudo nos olvidamos de la importancia de la cooperación humana y la solidaridad global; también solemos olvidar que existe una relación recíproca responsable entre nosotros y la naturaleza. La Tierra nos precede y nos ha sido dada, y este es un elemento clave en nuestra re-



lación con los bienes de la Tierra y, por tanto, una premisa fundamental para nuestros sistemas económicos. Somos administradores de los bienes, no dueños. A pesar de ello, la economía enferma que mata, nace de la suposición de que somos propietarios de la creación, capaces de explotarla para nuestros propios intereses y crecimiento. La pandemia nos ha recordado este profundo vínculo de reciprocidad; nos recuerda que hemos sido llamados a custodiar los bienes que la creación regala a todos; nos recuerda nuestro deber de trabajar y distribuir estos bienes para que nadie quede excluido. Por último, también nos recuerda que, inmersos en un mar común, debemos abrazar la exigencia de una nueva fraternidad. Este es un tiempo propicio para volver a sentir que nos necesitamos los unos

a los otros, que tenemos una responsabilidad hacia los demás y hacia el mundo.

La calidad del desarrollo de los pueblos y de la Tierra depende sobre todo de los bienes comunes. Por eso hay que buscar nuevas formas de regenerar la economía en la era post-Covid-19 para que sea más justa, sostenible y solidaria, es decir, más común. Necesitamos más procesos circulares, para producir y no desperdiciar los recursos de nuestra Tierra, formas más equitativas de vender y distribuir los bienes, y conductas más responsables cuando consumimos. También es necesario un nuevo paradigma integral, capaz de formar a las nuevas generaciones de economistas y empresarios, respetando nuestra interconexión con la Tierra. Vosotros, en la "Economía de Francisco" como

en tantos otros grupos de jóvenes, estáis trabajando con el mismo propósito. Vosotros podéis brindar esta nueva visión a este ejemplo de una nueva economía.

Hoy nuestra madre Tierra gime y nos advierte que nos acercamos a umbrales peligrosos. Quizá seáis la última generación que pueda salvarnos: no exagero. Ante esta emergencia, vuestra creatividad y vuestra resiliencia implican una gran responsabilidad. Espero que podáis utilizar esos dones para corregir los errores del pasado y conducirnos hacia una nueva economía más solidaria, sostenible e inclusiva.

Esta misión de la economía incluye, sin embargo, la regeneración de todos nuestros sistemas sociales: inculcando los valores de la fraternidad, la solidaridad, el cuidado de nuestra Tierra y los bienes comunes en todas nuestras estructuras podríamos abordar los mayores retos de nuestro tiempo, desde el hambre y la malnutrición hasta la distribución equitativa de las vacunas contra el Covid-19. Debemos trabajar juntos y soñar en grande. Con la mirada puesta en Jesús encontraremos la inspiración para idear un mundo nuevo y el valor para caminar juntos hacia un futuro mejor.

A vosotros, jóvenes, os renuevo la tarea de poner la fraternidad en el centro de la economía. Nunca como en este tiempo hemos sentido la necesidad de contar con jóvenes que sepan, mediante el estudio y la práctica, demostrar que existe una economía diferente. No os desaniméis: dejaos guiar por el amor del Evangelio, que es el motor de todo cambio y que nos exhorta a entrar en las heridas de la historia y a resurgir. Lanzaos con creatividad a la construcción de nuevos tiempos, sensibles a la voz de los pobres y comprometidos con su inclusión en la construcción de nuestro futuro común. Nuestro tiempo, por la importancia y la urgencia que tiene la economía, necesita una nueva generación de economistas que vivan el Evangelio en las empresas, las escuelas, las fábricas, los bancos, dentro de los mercados. Seguid el testimonio de aquellos nuevos mercaderes a los que Jesús no echa del templo, porque sois sus amigos aliados de su Reino.

Queridos jóvenes, haced que emerjan vuestras ideas y vuestros sueños y, a través de ellos, llevad al mundo, a la Iglesia y a otros jóvenes la profecía y la belleza de las que sois capaces. No sois el futuro, sois el presente. Otro presente. El mundo necesita vuestro valor. Ahora. Gracias.

Vaticano, 1 de octubre de 2021

PIETRO CARD. PAROLIN
SECRETARIO DE ESTADO

Tres motivos que hacen importante esta fecha

4 de octubre

ANDREA MONDA

El 4 de octubre es una fecha importante por muchos motivos. Sobre todo, porque es la fiesta de san Francisco, el pobrecillo de Asís, que desde hace más de 800 años ilumina con su luz la aventura del cristianismo en todo el mundo, también más allá de los confines de la Iglesia católica.

El segundo motivo está relacionado con el primero: el primer aniversario de la publicación de la encíclica *Fratelli tutti*, escrita por el Papa que eligió llamarse Francisco. El título está tomado de una obra del santo de Asís, del mismo modo que la precedente encíclica, *Laudato si'*.

Estos dos documentos juntos representan dos pilares del pontificado del Papa Francisco, dos "semillas" que piden al pueblo de los fieles trabajar por su crecimiento y su desarrollo. En particular *Fratelli tutti* plantea distintos interrogantes a la conciencia del hombre de hoy, del católico y de esos católicos llamados al servicio de la comunicación (desde un cierto punto de vista todos los católicos son "comunicadores", tienen una noticia, una Buena Noticia, para anunciar al mundo, "hasta los confines de la tierra").

Es por eso por lo que el pasado mes de julio, con ocasión del 160º aniversario del «L'Osservatore Romano», el periódico quiso acoger en algunas ediciones especiales las reflexiones de muchos directores y periodistas de todo el mundo "provocados" para responder a la siguiente pregunta: en el actual "cambio de época", ¿cómo debe cambiar la forma de hacer comunicación? ¿El camino de un "periodismo de fraternidad" indicado por el Santo Padre puede ser el camino para un salto de calidad en la comunicación? Las respuestas fueron muchas, diferentes y todas interesantes. *Fratelli tutti* es un punto de inflexión, como subrayó Andrea Tornielli en un reciente editorial en el que afirmaba que «el Papa ha indicado el camino sobre el que caminar para alcanzar ese objetivo: el reconocerse hermanos y hermanas, custodios el uno del otro [...] único antídoto a la carrera autodestructiva hacia el abismo del odio, de la guerra, del egoísmo, del fanatismo».

El tercer motivo es más pequeño, limitado a la vida de este periódico, pero está estrechamente unido a la encíclica del Papa: en el mismo día de la publicación de *Fratelli tutti*, exactamente hace un año, «L'Osservatore Romano», en su edición diaria en italiano, volvía a ser impreso en papel después de la interrupción de seis meses debida a la pandemia. Y volvía en un nuevo formato y nuevo diseño. *Unicum suum* está escrito bajo la antigua cabecera del periódico, "a cada uno el suyo" que puede querer decir no solo la distinción de las diferentes esferas en las que se articula la vida humana, la esfera civil diferente de la religiosa, sino, por decirlo con el Eclesiástico, que hay un tiempo para cada cosa.

Y así, al ritmo de los tiempos y al mismo tiempo de la tradición, «L'Osservatore Romano» también vive, es decir, cambia. La tradición, de hecho, lo recuerda a menudo el Papa citando la imagen acuñada por Gustav Mahler, no es la veneración de las cenizas, sino la custodia del fuego.

Mensaje al Foro mundial sobre la alimentación promovido por la FAO

Nadie se quede sin los medios necesarios para llevar una vida digna

Publicamos el texto del mensaje —firmado por el cardenal secretario de Estado— que el Papa Francisco envió al director general de la FAO, Qu Dongyu, con ocasión de la inauguración del Foro mundial sobre la alimentación, que se celebró en Roma del 1 al 5 de octubre.

A Su Excelencia
el Doctor Qu Dongyu
Director General de la FAO
Señor Director General:

Saludo cordialmente, en nombre del Santo Padre Francisco, a todos los participantes en el Foro Mundial de la Alimentación, destinado a la promoción de la acción liderada por jóvenes para la transformación de nuestros sistemas alimentarios.

Agradezco a Vuestra Excelencia y al Comité de la Juventud de la FAO haber tenido el acierto de convocar esta significativa reunión y prestar su apoyo a una nueva generación de líderes que tienen hambre de justicia.

Hoy los jóvenes de todo el mundo están cultivando su creatividad y su energía para abordar las causas estructurales de la actual crisis alimentaria, desde prolongados conflictos armados hasta los efectos devastadores del cambio climático. Su sentido

de pertenencia a una misma comunidad y al planeta les otorga un pujante cariz de urgencia para actuar y resolver los retos que afligen a la familia humana de manera novedosa.

Su regalo para nosotros consiste en aportar soluciones innovadoras para abordar viejos problemas y en la valentía para no dejarse limitar por un pensamiento miope que se resiste a cambiar.

Hace pocas semanas, los líderes del mundo se reunieron en Nueva York para celebrar la Cumbre de la ONU sobre Sistemas Alimentarios. Se comprometieron a trabajar juntos para lograr la realización del Objetivo de Desarrollo Sostenible número 2, que batalla por erradicar el hambre en el mundo. Sus palabras son una promesa a nuestros hermanos y hermanas, a nuestros hijos e hijas y a nuestros nietos.

Con esta convicción, pido a todos los jóvenes reunidos en el Foro Mundial de la Alimentación que sean Les pido que permanezcan unidos y firmes en sus propósitos.

No sean mezquinos en sus sueños, luchan por un futuro mejor y conviertan esos anhelos en acciones concre-

tas y significativas.

Dejen atrás rutinas y falsos espejismos y regeneren este mundo tan sacudido por la pandemia. Y esto será una feliz realidad si siembran solidaridad, creatividad y nobleza de espíritu.

Y a cuantos ahora deben cumplir los compromisos formulados en los últimos meses compete no defraudar a las nuevas generaciones.

Miren profundamente a los ojos de los jóvenes que les piden un cambio, y escuchen. Escuchen sus preocupaciones e inspírense en su visión, porque es nuestro presente el que definirá su futuro.

Seamos recordados por nuestra decisión de ser esperanzados frente a la desesperación y de permanecer unidos en la misión de garantizar que nadie se quede sin los medios necesarios para llevar una vida digna.

Rezo por todos Ustedes para que sus trabajos de estos días se vean colmados de bendiciones divinas.

Comprometidos a no usar el nombre de Dios para justificar violencia y odio, y acoger al otro tal y como es, defender los derechos de todos, custodiar nuestra casa común

Por una educación al servicio de la fraternidad universal

Encuentro con los representantes de las religiones sobre el Pacto educativo global

«Una renovada acción educativa que pueda hacer crecer en el mundo la fraternidad universal»: la invocó el Papa Francisco hablando a los representantes de las religiones reunidos en la Sala Clementina —la mañana del 5 de octubre, Jornada mundial de los profesores— para el encuentro sobre el tema «Religiones y educación: hacia un pacto global sobre educación» en el ámbito del Pacto educativo global promovido por el Pontífice el 12 de septiembre de 2019 para educar a las nuevas generaciones en la fraternidad, la paz y la justicia.

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegro de acogerlos en esta ocasión significativa para promover un Pacto Educativo Global. Hoy, en la Jornada Mundial de los docentes instituida por la UNESCO, como Representantes de las Religiones queremos manifestar nuestra cercanía y gratitud a todos los docentes y, al mismo tiempo, nuestra atención por la educación.

Hace dos años —el 12 de septiembre de 2019— hice un llamamiento a todos aquellos

que de diversas maneras trabajan en el campo de la educación, para «dialogar sobre el modo en que estamos construyendo el futuro del planeta y sobre la necesidad de invertir los talentos de todos, porque cada cambio requiere un camino educativo que haga madurar una nueva solidaridad universal y una sociedad más acogedora» (*Mensaje para el lanzamiento del Pacto Educativo*).

Para este fin he promovido la iniciativa de un Pacto Educativo Global, «para reavivar el compromiso por y con las jóvenes generaciones, renovando la pasión por una educación más abierta e incluyente, capaz de la escucha paciente, del diálogo constructivo y de la mutua comprensión. Hoy más que nunca, es necesario unir los esfuerzos por una alianza educativa amplia para formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna».

Si queremos un mundo más



fraterno, debemos educar las nuevas generaciones «reconocer, valorar y amar a cada persona más allá de la cercanía física, más allá del lugar del universo donde haya nacido o donde habite» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 1). El principio fundamental del «conócete a ti mis-

mo» siempre ha orientado la educación, pero es necesario no olvidar otros principios esenciales: «conoce a tu hermano», para educar a la acogida del otro (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*; Documento sobre la fraternidad humana, Abu Dabi, 4 febrero 2019); «conoce la crea-

ción», para educar al cuidado de la casa común (cf. Carta enc. *Laudato si'*) y «conoce el Trascendente», para educar al gran misterio de la vida. Para nosotros significa mucho una formación integral que se resume en el conocerse a sí mismo, conocer al propio hermano, la creación y el Trascendente. No podemos ocultar a las nuevas generaciones las verdades que dan sentido a la vida.

Desde siempre las religiones han tenido una estrecha relación con la educación, acompañando las actividades religiosas con las educativas, docentes y académicas. Como en el pasado también hoy, con la sabiduría y la humanidad de nuestras tradiciones religiosas, queremos estimular una renovada acción educativa que pueda hacer crecer en el mundo la fraternidad universal.

Si en el pasado las diferencias nos han puesto en contraste, hoy vemos en ellas la riqueza de caminos distintos para llegar a Dios y para educar a las nuevas generaciones a la convivencia pacífica en el respeto recíproco. Por tanto, la educación nos compromete a no usar nunca el nombre de Dios para justificar la violencia y el odio hacia otras tradiciones religiosas, a condenar cualquier forma de fanatismo o de fundamentalismo y a defender el derecho de cada uno a elegir y actuar según su propia conciencia.

Si en el pasado, también en nombre de la religión, se han discriminado las minorías étnicas, culturales, políticas o de otro tipo, hoy nosotros queremos defender la identidad y la dignidad de cada persona y enseñar a las nuevas generaciones a acoger a todos sin discriminación. Por tanto, la educación nos compromete a acoger al otro tal como es, no como yo quiero que sea, como es, y sin juzgar ni condenar a nadie.

Si en el pasado los derechos de las mujeres, de los menores, de los más débiles no han sido respetados siempre, hoy nos comprometemos a defender con firmeza esos derechos y enseñar a las nuevas generaciones a ser voz de los sin voz. Por tanto, la educación nos pide repudiar y denunciar cual-

quier violación de la integridad física o moral de cada individuo. Y la educación nos debe hacer comprender que el hombre y la mujer son iguales en dignidad, que no haya discriminaciones.

Si en el pasado hemos tolerado la explotación y el saqueo de nuestra casa común, hoy, más conscientes de nuestro papel de custodios de la creación que nos ha sido encomendada por Dios, queremos ser voz de la naturaleza que grita por su supervivencia y formarnos a nosotros y a las nuevas generaciones en un estilo de vida más sobrio y eco-sostenible. Ayer me impresionó el testimonio de uno de los científicos que habló en nuestro encuentro, dijo: «Mi nieta, que acaba de nacer, dentro de cincuenta años tendrá que vivir en un mundo inhabitable, si las cosas siguen así». Por tanto, la educación nos compromete a amar nuestra madre tierra y a evitar el desperdicio de alimentos y recursos, así como a estar más dispuestos a compartir los bienes que Dios nos ha dado para la vida de todos. Me viene a la mente lo que decía un sabio, no católico: «Dios perdona siempre. Nosotros perdonamos a veces sí y a veces no. La naturaleza no perdona jamás». Queremos hoy declarar que nuestras tradiciones religiosas, desde siempre protagonistas de la alfabetización hasta la educación superior, refuerzan su misión de educar cada persona en su integridad, es decir, cabeza, manos, corazón y alma. Que se piense lo que se siente y se hace; que se sienta lo que se piensa y se hace; que se haga lo que se siente y se piensa. La armonía de la integridad humana, es decir, toda la belleza propia de esta armonía.

Queridos hermanos y hermanas, os agradezco por vuestra participación y agradezco también a todos los que a causa de la pandemia no han podido estar hoy aquí presentes. Y ahora os invito a un breve momento de silencio para pedir a Dios que ilumine nuestras mentes, para que nuestro diálogo sea fructífero y nos pueda ayudar a seguir con valentía los caminos de nuevos horizontes educativos.

Nuevo llamamiento del Papa por el cuidado de la casa común

Urge un cambio real de rumbo

«No queda más para esperar, debemos actuar» para promover un «cambio de rumbo» en las políticas por el cuidado de la casa común. Es el nuevo y urgente llamamiento lanzado por el Papa Francisco en un mensaje enviado a los participantes del evento de alto nivel de la Asamblea parlamentaria del Consejo de Europa sobre «Medio ambiente y derechos humanos: derecho a un medio ambiente seguro, saludable y sostenible», que se celebró en Estrasburgo el miércoles 29 de septiembre.

Ilustres Señoras y señores

En primer lugar, me gustaría dar las gracias al Hon. Rik Daems, Presidente de la Asamblea Parlamentaria, por su apasionada invitación a intervenir en el tema del cuidado del medioambiente, nuestra casa común, de este regalo que hemos recibido y que debemos cuidar, custodiar y hacer avanzar.

La Santa Sede, en cuanto país observador, sigue con particular atención e interés todas las actividades del Consejo de Europa a este respecto, en la certeza de que toda iniciativa y decisión concreta de esta Organización, que pueda mejorar la dramática situación en que se encuentra la salud de nuestro planeta, debe ser sostenida y bien valorada.

Precisamente en este hemisiciclo, el 25 de noviembre de 2014, subrayé la estrecha y provechosa colaboración entre la Santa Sede y el Consejo de Europa, y reafirmé que «entre los temas que requieren nuestra reflexión y nuestra colaboración está la defensa del medio ambiente, de nuestra querida Tierra, el gran recurso que Dios nos ha dado y que está a nuestra disposición, no para ser desfigurada, explotada y denigrada, sino para que, disfrutando de su inmensa belleza, podamos vivir con dignidad» [1].

Sucesivamente en la carta encíclica *Laudato si'*, volví a insistir en la importancia del cuidado de la casa común, un principio universal que involucra no sólo a los fieles cristianos, sino a toda persona de buena voluntad que se preocupe por la protección del medioambiente. El presente evento, que tiene lugar en vísperas de la COP26, prevista para el próximo mes de noviembre en Glasgow, podrá ofrecer, gracias a una mayor consideración del principio fundamental del multi-

lateralismo, una contribución válida también a la próxima reunión de las Naciones Unidas. La Santa Sede también está convencida de que cualquier iniciativa del Consejo de Europa no deba limitarse sólo al área geográfica de este continente, sino que, a partir de nuestra querida Europa, llegue al mundo entero. En este sentido, se ve con interés la decisión que tiene previsto tomar el Consejo de Europa de crear un nuevo instrumento jurídico que vincule el cuidado del medio ambiente con el respeto de los derechos humanos fundamentales.

No queda más para esperar, debemos actuar. Cualquier instrumento que respete los derechos humanos y los principios de la democracia y del Estado de Derecho, que son valores fundamentales del Consejo de Europa, puede ser útil para afrontar este reto global.

Nadie puede negar el derecho fundamental de todo ser humano «a vivir con dignidad y a desarrollarse integralmente» [2]; y si «todos los seres humanos nacemos en esta tierra con la misma dignidad [...] por consiguiente, como comunidad estamos conminados a garantizar que cada persona viva con dignidad y tenga oportunidades adecuadas a su desarrollo integral» [3].

En cambio, cuando el ser humano piensa que es el señor del universo y no su administrador responsable, cuando ya no reconoce su debida posición en relación con el mundo, justifica todo tipo de derroche, tanto ambiental como humano, y trata a las demás personas y a la naturaleza como meros objetos.

Ya en la Antigüedad se decía «*Esse oportet ut vivas, non vivere ut edas*» — «Hay que comer para vivir, no vivir para comer». Hay que consumir para vivir, no vivir para consumir. Y sobre todo, nunca hay que consumir de forma desenfrenada, como ocurre hoy en día. Cada persona debe hacer uso de la tierra lo necesario para su sustento.

Todo está conectado, y como familia de naciones debemos tener una preocupación común: «mirar que el ambiente sea más limpio, más puro y se conserve. Y cuidar la naturaleza para que ella nos cuide a noso-

tros» [4].

Se necesita, pues, un verdadero cambio de rumbo, una nueva conciencia de la relación del ser humano consigo mismo, con los demás, con la sociedad, con la creación y con Dios. Ciertamente, esta crisis ecológica, que es «una sola y compleja crisis socio-ambiental» [5], nos invita a un diálogo interdisciplinario y operativo a todos los niveles, desde el local hasta el internacional, pero también a una responsabilidad tanto individual como colectiva. Por lo tanto, habría que hablar también de los deberes de todo ser humano para vivir en un ambiente sano, saludable y sostenible. En cambio, cuando hablamos sólo de derechos, pensamos únicamente en lo que se nos debe. También debemos pensar en la responsabilidad que tenemos con las generaciones futuras, y en el mundo que queremos dejar a nuestros niños y jóvenes.

Espero que esta Asamblea Parlamentaria y el Consejo de Europa logren identificar, promover y actuar con determinación todas las iniciativas necesarias para construir un mundo más sano, más justo y más sostenible: «De las manos de Dios hemos recibido un jardín; no podemos dejar un desierto a nuestros hijos» [6].

Actuemos con esperanza, valor y voluntad, tomando decisiones concretas. No pueden dejarse para mañana, si su finalidad es proteger la casa común y la dignidad de todo ser humano.

Desde el Vaticano, el 23 de septiembre de 2021

FRANCISCO

[1] Discurso al Consejo de Europa, Estrasburgo, 25 de noviembre de 2014.

[2] Enc. *Fratelli tutti* (3 de octubre de 2020), 107.

[3] *Ibid.*, 118.

[4] Videomensaje a los participantes en el «*Leaders summit on climate*», 22 de abril de 2021.

[5] Enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 139.

[6] Videomensaje para el lanzamiento de la *Plataforma Laudato si'*, 25 de mayo de 2021.

Discurso del Papa en el encuentro de oración por la paz organizado por la Comunidad de San Egidio

Caminar juntos por la paz

«Menos armas y más comida, menos hipocresía y más transparencia, más vacunas distribuidas equitativamente y menos fusiles vendidos neciamente». Esta fue la petición del Papa Francisco en el discurso pronunciado el jueves 7 de octubre, durante la ceremonia de clausura del encuentro de oración por la paz organizado por la Comunidad de San Egidio: «Pueblos hermanos, tierra futura. Religiones y culturas en diálogo». El encuentro, que tuvo lugar ante el Coliseo, contó también con la presencia de Ahmed Al Tayyeb, Gran Imán de la Universidad de Al-Azhar, Pinchas Goldschmidt, presidente de la conferencia de rabinos europeos y el patriarca Bartolomé.

Queridos hermanos y hermanas:

Saludo y agradezco a todos ustedes, líderes de las Iglesias, autoridades políticas y representantes de las grandes religiones mundiales. Es hermoso estar aquí juntos, llevando en el corazón y al corazón de Roma los rostros de las personas que tenemos a nuestro cargo. Y, sobre todo, es importante rezar y compartir, claramente y con sinceridad, las preocupaciones por el presente y el futuro de nuestro mundo. En estos días, muchos creyentes se han reunido, manifestando cómo la oración es la fuerza humilde que da la paz y quita el odio de los corazones. En varios encuentros se expresó también la convicción de que es necesario cambiar las relaciones entre los pueblos y de los pueblos con la tierra. Porque aquí hoy, juntos, soñamos pueblos hermanos y una tierra futura.

Pueblos hermanos. Lo decimos teniendo el Coliseo a nuestras espaldas. Este anfiteatro, en un pasado lejano, fue lugar de brutales entretenimientos de masas: combates entre hombres o entre hombres y animales. Un espectáculo fratricida, un juego mortal hecho con la vida de muchos. Pero también hoy se asiste a la violencia y a la guerra, al hermano que mata al hermano como si fuera un juego que miramos de lejos, indiferentes y convencidos de que nunca nos tocará. El dolor de los otros no nos urge. Y ni siquiera el dolor de los que han caído, de los migrantes, de los niños atrapados en las guerras, privados de la desocupación de una infancia de juegos. Pero con la vida de los pueblos y de los niños no se puede jugar. No podemos permanecer indiferentes. Por el contrario, es necesario empatizar y reconocer la humanidad común a la que pertenecemos, con sus fatigas, sus luchas y sus fragilidades. Pensar: "Todo esto me toca, hubiera podido suceder también aquí, también a mí". Hoy, en la sociedad globalizada, que hace del dolor un espectáculo, pero no lo compadece, necesitamos "construir compasión". Sentir con el otro, hacer propios sus sufrimientos, reconocer su rostro. Esta es la verdadera valentía, la valentía de la compasión, que nos lleva a ir más allá de la vida tranquila, más allá del no es asunto mío y del no me pertenece, para no dejar que la vida de los pueblos se reduzca a un juego entre los poderosos. No, la vida de los pueblos no es un juego, es cosa seria y nos concierne a todos; no se puede dejar en manos de los intereses de unos pocos o a merced de pasiones sectarias y nacionalistas.

Es la guerra la que se burla de la vida humana. Es la violencia, es el trágico y cada vez más prolífico comercio de las armas, el que se mueve a menudo en las sombras, alimentado de ríos subterráneos de dinero. Quiero reafirmar que «la guerra es un fracaso de la política y de la humanidad, una claudicación vergonzosa, una derrota frente a las fuerzas del mal» (Carta enc. *Fratelli tutti*,

261). Debemos dejar de aceptarla con la mirada indiferente de las noticias y esforzarnos por verla con los ojos de los pueblos. Hace dos años, en Abu Dabi, con un querido hermano aquí presente, el Gran Imán de Al-Azhar, suplicamos la fraternidad humana por la paz, hablando «en el nombre de los pueblos que han perdido la seguridad, la paz y la convivencia común, siendo víctimas de la destrucción, de la ruina y de las guerras» (Documento sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común, 4 febrero 2019). Estamos llamados, como representantes de las religiones, a no ceder a los halagos del poder mundano, sino a ser voz de quienes no tienen voz, apoyo de los que sufren, abogados de los opri-

cir los gastos militares para proveer a las necesidades humanitarias y a convertir los instrumentos de muerte en instrumentos de vida. Que no sean palabras vacías, sino peticiones insistentes que elevamos por el bien de nuestros hermanos, contra la guerra y la muerte, en nombre de Aquel que es la paz y la vida. Menos armas y más comida, menos hipocresía y más transparencia, más vacunas distribuidas equitativamente y menos fusiles vendidos neciamente. Los tiempos nos piden que seamos voz de tantos creyentes, personas sencillas e inermes cansadas de la violencia, para que quienes tienen responsabilidades por el bien común no sólo se comprometan a condenar las guerras y el terrorismo, sino también a crear las condiciones para que no se extiendan.

Para que los pueblos sean hermanos, la oración debe subir al cielo incesantemente y una palabra no puede dejar de resonar en la tierra: paz. San Juan Pablo II soñó un camino común de los creyen-

tra otros.

Hermanos, hermanas, nuestro camino nos exige que purifiquemos el corazón constantemente. Francisco de Asís, mientras pedía a los suyos que vieran a los demás como «hermanos, en cuanto han sido creados por el mismo Creador», les recomendaba: «Que la paz que anunciáis de palabra, la tengáis, y en mayor medida, en vuestros corazones» (*Leyenda de los tres compañeros*, XIV,5: FF 1469). La paz no es principalmente un acuerdo que se negocia o un valor del que se habla, sino una actitud del corazón. Nace de la justicia, crece en la fraternidad, vive de la gratuidad. Impulsa a «servir a la verdad y declarar sin miedo ni ambages el mal cuando es mal, también y sobre todo cuando lo cometen quienes se profesan seguidores de nuestro mismo credo» (*Mensaje a los participantes en el Foro interreligioso del G20*, 7 septiembre 2021). Les ruego, en nombre de la paz, que en toda tradición religiosa desactivemos la tentación fundamentalista, cualquier insinuación a hacer del hermano un enemigo. Mientras muchos están atrapados por antagonismos, por facciones y maniobras partidistas, nosotros hacemos resonar aquel dicho del Imán Alí: "Las personas son de dos tipos: tus hermanos en la fe o tus semejantes en la humanidad".

Pueblos hermanos para soñar la paz. Pero el sueño de la paz hoy se conjuga con otro, el sueño de la tierra futura. Es el compromiso por el cuidado de la creación, por la casa común que dejaremos a los jóvenes. Las religiones, cultivando una actitud contemplativa y no depredadora, están llamadas a ponerse a la escucha de los gemidos de la madre tierra, que sufre a causa de la violencia. Un querido hermano, el Patriarca Bartolomé, aquí presente, nos ayudó a madurar en la conciencia de que «un crimen contra la naturaleza es un crimen contra nosotros mismos y un pecado contra Dios» (*Discurso en Santa Bárbara*, 8 noviembre 1997, cit. en Carta enc. *Laudato si'*, 8).

Insisto en lo que la pandemia nos ha mostrado, me refiero a que no podemos permanecer siempre sanos en un mundo enfermo. En los últimos tiempos muchos están enfermos de olvido, olvido de Dios y de los hermanos. Eso ha llevado a una carrera desenfrenada en pos de una autosuficiencia individual, degenerada en una afección insaciable, de la cual la tierra que pisamos lleva las cicatrices, mientras el aire que respiramos está lleno de sustancias tóxicas y pobre de solidaridad. De este modo, hemos arrojado en la creación la contaminación de nuestro corazón. En este clima deteriorado, consuela pensar que las mismas preocupaciones y el mismo compromiso están madurando y convirtiéndose en patrimonio común de tantas religiones. La oración y la acción pueden reorientar el curso de la historia. ¡Ánimo! Hermanos y hermanas tenemos ante nuestros ojos una visión, que es la misma de numerosos jóvenes y hombres de buena voluntad: la tierra como casa común, habitada por pueblos hermanos. Sí, soñamos religiones hermanas y pueblos hermanos. Religiones hermanas, que ayuden a los pueblos a ser hermanos en paz, custodios reconciliados de la casa común de la creación.

Gracias.

Entrevista con la teóloga española Cristina Inogés Sanz

A la escucha del Espíritu

ROCÍO LANCHO GARCÍA

"Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión". Este es el tema del Sínodo que inicia este fin de semana en Roma y el día 17 en las Iglesias particulares. Un recorrido que concluirá con la XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos en el mes de octubre de 2023. Un tiempo en el que "se busca es aprender a ser una Iglesia más participativa donde haya una mayor corresponsabilidad por parte de todos". Esto quiere decir "aprender a vivir desde el bautismo que nos iguala a todos en la Iglesia". Así lo explica en esta entrevista a L'Osservatore Romano la teóloga española Cristina Inogés Sanz, miembro de la Comisión Metodológica del Sínodo. Además, Inogés ha sido la elegida para realizar una meditación este sábado en el Aula Nueva del Sínodo, dando así inicio a la reflexión que se realiza el día previo a la inauguración oficial del Sínodo, con la misa que se celebrará este domingo en la Basílica de San Pedro.

Usted forma parte de la Comisión Metodológica del Sínodo, ¿en qué ha consistido su trabajo?

Hemos elaborado el *Vademecum* que servirá para el desarrollo de la fase del Sínodo que se vivirá en cada diócesis. Ha sido bonitamente complicado, si se puede decir así. Al ser el mismo documento para todo el mundo, ha sido necesario hacerlo de una forma muy abierta para que luego, cada diócesis, lo adapte a sus necesidades y a su realidad.

Su voz será la primera que se escuche en el Sínodo, en la apertura el día 9. ¿Cómo recibió la noticia y qué ha supuesto para usted haber sido elegida para realizar la meditación?

Seremos dos voces. La de Paul Béré, sj, y la mía. Fue a través de un correo electrónico como me llegó la noticia de haber sido elegida para este momento tan especial. La verdad es que fue una sorpresa, una inmensa sorpresa porque ni lo esperaba, ni nadie había comentado nada en las reuniones de la Comisión. Lo estoy viviendo con ilusión, como un acto normal que va mostrando el desarrollo de la sinodalidad en la que nos vamos a poner a caminar. También, lo reconozco, con la impresión que causa una celebración de este tipo donde, además, Paul y yo hablamos justo antes de que lo haga Francisco...

¿Por qué cree que es tan importante en este momento de la historia de la Iglesia un Sínodo sobre la sinodalidad?

La situación de la Iglesia es la que es. No podemos olvidar que acabamos de conocer el informe sobre los abusos sexuales en Francia que, por desgracia, no es el único país donde se ha dado este delito. Esto es la forma más horrible del abuso de poder al que se había llegado en la Iglesia, fruto de un clericalismo y corporativismo imperante. Así no podemos seguir. Y la sinodalidad, que fue lo normal en la Iglesia en los primeros 1000 años de su existencia, viene a decirnos que tenemos que aprender a ser Iglesia de otra manera. Primero escuchándonos unos a otros; luego, todos juntos, a la escucha del Espíritu. Por eso es tan importante un Sínodo sobre la sinodalidad, porque nos estamos jugando el futuro de la Iglesia.

Además, se trata del primer Sínodo donde todo el pueblo de Dios está llamado a participar de forma activa. ¿De qué forma se va a concretar esta participación?

Una vez inaugurado el Sínodo, todas las fases son tan sínodo como la asamblea que se celebrará en octubre de 2023. La participación de todo el pueblo de Dios, sobre todo de la amplia base de ese pueblo, que es el laicado, se dará en la fase diocesana que es la que se celebra entre octubre de este año y abril de 2022. Todo está dispuesto para que esa participación sea lo más afectiva y fácil posible. Todos vamos a poder manifestar nuestros temores, nuestras esperanzas...

La Secretaría General del Sínodo y los miembros de la Comisión Metodológica estamos a disposición de quien quiera pedir ayuda, alguna aclaración.

La Iglesia inicia ahora un recorrido que concluirá en el 2023. En su opinión, ¿qué se puede esperar de este Sínodo?

Estamos abiertos a la acción del Espíritu porque la sinodalidad es, ante todo, un proceso espiritual y ya se sabe, o mejor dicho nunca se sabe, por dónde va a salir el Espíritu. Puede sorprendernos por cualquier motivo. En todo caso lo que se busca es aprender a ser una Iglesia más participativa donde haya una mayor corresponsabilidad por parte de todos. Es, en definitiva, aprender a vivir desde el bautismo que nos iguala a todos en la Iglesia. Pero, ya digo, el Espíritu puede sorprendernos. ¡Habría que estar atentos!



midos, de las víctimas del odio, que son descartadas por los hombres en la tierra, pero preciosas ante Aquel que habita en los cielos. Hoy tienen miedo, porque en demasiadas partes del mundo, más que prevalecer el diálogo y la cooperación, retoma fuerza el enfrentamiento militar como instrumento decisivo para imponerse.

Por tanto, quisiera expresar nuevamente el llamamiento que hice en Abu Dabi sobre una tarea que ya no puede posponerse y que corresponde a las religiones «en esta delicada situación histórica [...]: la desmilitarización del corazón del hombre» (*Discurso en el Encuentro interreligioso*, 4 febrero 2019). Es nuestra responsabilidad, queridos hermanos y hermanas creyentes, ayudar a extirpar el odio de los corazones y condenar toda forma de violencia. Con palabras claras, exhortamos a deponer las armas, a redu-

tes, que se articulara desde aquel evento hacia el futuro. Queridos amigos, estamos en este camino, cada uno con su propia identidad religiosa, para cultivar la paz en nombre de Dios, reconociéndonos hermanos. El Papa Juan Pablo II nos indicó esta labor, afirmando: «La paz espera a sus profetas. La paz espera a sus artífices» (*Discurso a los Representantes de las Iglesias cristianas, las Comunidades eclesiales y las Religiones mundiales reunidos en Asís*, 27 octubre 1986). A algunos les pareció un optimismo vacío. Pero a lo largo de los años la participación ha ido creciendo y han madurado historias de diálogo entre mundos religiosos diversos, que han inspirado procesos de paz. Este es el verdadero camino. Si hay personas que quieren dividir y crear enfrentamientos, nosotros creemos en la importancia de caminar juntos por la paz: unos con otros, pero nunca unos con-

Prosiguen las catequisis sobre la Carta a los Gálatas

La vida cristiana es un camino de libertad

La libertad para el cristiano es «un camino fatigoso» que «dura toda la vida»: lo recordó el Papa Francisco en la audiencia general del miércoles 6 de octubre, en el Aula Pablo VI. Prosiguiendo el ciclo de reflexiones sobre la Carta a los Gálatas, el Pontífice dedicó la catequisis al tema «Cristo nos ha liberado». Publicamos a continuación las palabras pronunciadas por el Papa Francisco.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Retomamos hoy nuestra reflexión sobre la Carta a los Gálatas. En ella, san Pablo ha escrito palabras inmortales sobre la libertad cristiana. ¿Qué es la libertad cristiana? Hoy nos detenemos sobre este tema: la libertad cristiana.

La libertad es un tesoro que se aprecia realmente solo cuando se pierde. Para muchos de nosotros, acostumbrados a vivir en la libertad, a menudo aparece más como un derecho adquirido que como un don y una herencia para custodiar. ¡Cuántos malentendidos en torno al tema de la libertad, y cuántas visiones diferentes se han enfrentado a lo largo de los siglos!

En el caso de los gálatas, el apóstol no podía soportar que esos cristianos, después de haber conocido y acogido la verdad de Cristo, se dejaran atraer por propuestas engañosas, pasando de la libertad a la esclavitud: de la presencia liberadora de Jesús a la esclavitud del pecado, del legalismo, etc. También hoy el legalismo es un problema nuestro, de muchos cristianos que se refugian en el legalismo, en la casuística. Pablo invita a los cristianos a permanecer firmes en la libertad que han recibido con el bautismo, sin dejarse poner de nuevo bajo «el yugo de la esclavitud» (Gal 5,1). Él es justamente celoso con la libertad. Es consciente de que algunos «falsos hermanos» —les llama así— se han infiltrado en la comunidad para «expirar —así escribe— la libertad que tenemos en Cristo Jesús, con el fin de reducirnos a esclavitud» (Gal 2,4), volver atrás, y Pablo esto no puede tolerarlo. Una predicación que impidiera la libertad en Cristo nunca sería evangélica: tal vez sería pelagiana o jansenista o algo así, pero no evangélica. Nunca se puede forzar en el nombre de Jesús, no se puede hacer a nadie esclavo en nombre de Jesús que nos hace libres. La libertad es un don que se nos ha dado en el bautismo. Pero la enseñanza de San Pablo sobre la libertad es sobre todo positiva. El apóstol propone la enseñanza de Jesús, que encontramos también en el Evangelio de Juan: «Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (8,31-32). La llamada, por tanto, es sobre todo a permanecer en Jesús, fuente de la verdad que nos hace libres. La libertad cristiana se funda sobre dos pilares fundamentales: primero, la gracia del Señor Jesús; segundo, la verdad que Cristo nos desvela y que es Él mismo.

En primer lugar, es don del Señor. La libertad que los gálatas han recibido —y nosotros como ellos con el bautismo— es fruto de la muerte y resurrección de Jesús. El apóstol concentra toda su predicación sobre Cristo, que lo ha liberado de los vínculos con su vida pasada: solo de Él brotan los frutos de la vida nueva según el Espíritu. De hecho, la libertad más verdadera,

la de la esclavitud del pecado, ha brotado de la Cruz de Cristo. Somos libres de la esclavitud del pecado por la cruz de Cristo. Precisamente ahí donde Jesús se ha dejado clavar, se ha hecho esclavo, Dios ha puesto la fuente de la liberación del hombre. Esto no deja de sorprendernos: que el lugar donde somos despojados de toda libertad, es decir la muerte, puede convertirse en fuente de la libertad. Pero este es el misterio del amor de Dios: no se entiende fácilmente, se vive. Jesús mismo lo había anunciado cuando dijo: «Por eso me ama el Padre: porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo» (Jn 10,17-18). Jesús lleva a cabo su plena libertad al entregarse a la muerte; Él sabe que solo de esta manera puede obtener la vida para todos.

Pablo, lo sabemos, había experimentado en primera persona este misterio de amor. Por esto dice a los gálatas, con una expresión extremadamente audaz: «Con Cristo estoy crucificado» (Gal 2,19). En ese acto de suprema unión con el Señor él sabe que ha recibido el don más grande de su vida: la libertad. Sobre la Cruz, de hecho, ha clavado «la carne con sus pasiones y sus apetencias» (5,24). Comprendemos cuánta fe animaba al apóstol, qué



grande era su intimidad con Jesús y mientras, por un lado, sentimos que a nosotros nos falta esto, por otro, el testimonio del apóstol nos anima a ir adelante en esta vida libre. El cristiano es libre, debe ser libre y está llamado a no volver a ser esclavo de preceptos, de cosas raras.

El segundo pilar de la libertad es la verdad. También en este caso es necesario recordar que la verdad de la fe no es una teoría abstracta, sino la realidad de Cristo vivo, que toca directamente el sentido cotidiano y general de la vida personal. Cuánta gente que no ha estudiado, ni siquiera sabe leer y escribir, pero ha entendido bien el mensaje de Cristo, tiene esta sabiduría que les hace libres. Es la sabiduría de Cristo que ha entrado a través del Espíritu Santo con el bautismo. Cuánta gente vemos que vive la vida de Cristo más que los grandes teólogos por ejemplo, ofreciendo un testimonio grande de la libertad del Evangelio. La libertad hace libres en la medida en que transforma la vida de una persona y la orienta hacia el bien. Para ser realmente libres necesitamos no solo conocernos a nosotros mismos, a nivel psicológico, sino sobre todo hacer verdad en nosotros mismos, a un nivel más profundo. Y ahí, en el corazón, abrimos a la gracia de Cristo. La verdad nos debe inquietar. Volvemos a esta palabra tan cristiana: la inquietud. Nosotros sabemos que hay cristianos que nunca se inquietan: viven siempre igual, no hay movimiento en su corazón, falta la inquietud. ¿Por qué? Porque la inquietud es la

señal de que está trabajando el Espíritu Santo dentro de nosotros y la libertad es una libertad activa, suscitada por la gracia del Espíritu Santo. Por esto digo que la libertad nos debe inquietar, nos debe plantear continuamente preguntas, para que podamos ir siempre más al fondo de lo que realmente somos. Descubrimos de esta manera que el de la verdad y la libertad es un camino fatigoso que dura toda la vida. Es fatigoso permanecer libre, es fatigoso; pero no es imposible. Animo, vamos adelante en esto, nos hará bien. Es un camino en el que nos guía y nos sostiene el Amor que viene de la Cruz: el Amor que nos revela la verdad y nos dona la libertad. Y este es el camino de la felicidad. La libertad nos hace libres, nos hace alegres, nos hace felices.

El Papa, al finalizar la catequisis, expresó «dolor» y «vergüenza» por la terrible situación de los abusos sexuales en la Iglesia francesa que surgió del informe de la Comisión independiente publicado el martes. Saludando a los fieles llegados desde diferentes países y a los que estaban conectados a través de los medios de comunicación, el Papa pronunció las siguientes palabras.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española que participan en esta Audiencia. Pidamos al Señor que nos conceda abrir nuestros corazones a su gracia para poder conocer en Él nuestra verdad más profunda. Así nuestra vida será transformada y caminaremos hacia el bien plenamente libres. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

Sobre el mensaje del Papa a un evento sobre medio ambiente de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa

Derechos humanos y justicia en los Hechos de los Apóstoles

MARCELO FIGUEROA

En el mensaje que el Papa Francisco ha enviado a los participantes en el evento de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa titulado "Medio ambiente y derechos humanos: Derecho a un medio ambiente seguro, saludable y sostenible", que se celebró en Estrasburgo este 29 de septiembre, ha expresado que: "Cualquier instrumento que respete los derechos humanos y los principios de la democracia y el Estado de Derecho (que son valores fundamentales del Consejo de Europa) puede ser útil para abordar este desafío global. Nadie puede negar el derecho fundamental de todo ser humano a vivir con dignidad y a desarrollarse plenamente; y si todos los seres humanos nacen en esta tierra con la misma dignidad [...], entonces como comunidad estamos obligados a garantizar que cada persona viva con dignidad y tenga las oportunidades adecuadas para su desarrollo integral".

El "germen" del Evangelio de Jesucristo estaba siendo extendido más allá de las fronteras de la fe judía. El apóstol Pablo, enviado a los gentiles, había desarrollado una tarea misionera extensa en territorio y diversidades culturales. En los últimos capítulos del libro de los Hechos de los Apóstoles encontramos el registro de un proceso judicial vergonzoso hacia Pablo (Hechos, Cap. 24-26). Ya desde Tesalónica, la voz del "peligro público" que representaba la tarea apostólica para

el status quo religioso y político de entonces resultaba toda una definición misionera "¡Estos que han trastornado el mundo entero han venido también acá.! (Hechos 17:6). En el comienzo del juicio a Pablo ante el gobernador Félix, Tértulo, el abogado acusador expuso que el apóstol y su mensaje representaban una nueva pandemia: "Hemos descubierto que este hombre es una plaga..." (Hechos 24:5a).

En estos tiempos de pandemia por el Covid-19, emergieron otro tipo de epidemias del mal. La pobreza, la exclusión, el individualismo, el egoísmo individual y social y la corrupción. Estos verdaderos gérmenes dañinos a salud humana también han desarrollado una estrategia de desacreditación de acciones del bien y una artillería de "fake news" difamatorias utilizando terminología en forma capciosa. En términos de comunicación, "viralizar" una noticia o un juicio falso es una forma de enfermar a la audiencia con mentiras disfrazadas de verdades. Vimos en estos tiempos como se calificó en términos de plagas enfermizas la utilización barbijos, de conspiraciones apocalípticas a las campañas de inmunización y hasta de envenenamiento masivo de las vacunas. Este uso tergiversado de las mismas palabras, que son un espejo de sus propias miserias, coinciden bastante con las que mencionamos en el primer párrafo en acusación al apóstol Pablo y su misión evangelizadora. Mientras buscamos renovar el mundo,

las soluciones políticas globales no serán suficientes. Los líderes nacionales e internacionales deben redescubrir los valores de la humildad y el autocontrol; deben ejercer su poder de manera responsable en colaboración con otros. El principio de subsidiariedad asegura que las decisiones políticas se tomen con la participación de los más afectados por ellas. Uno de los elementos fundamentales para renovar el mundo es la valorización de los principios más nobles de la convivencia ciudadana. Uno de ellos es la transparencia en los procesos públicos y el combate contra la corrupción. Del mismo modo, y dialogando con ello, generar una unión subsidiaria entre los poderes públicos, el derecho y la interacción en los distintos estratos sociales y de poder político. En política y en el derecho público, el principio de subsidiariedad tiene como función general garantizar un cierto grado de independencia a una autoridad inferior respecto de una instancia superior, en particular un poder local respecto de un poder central. Es fundamental detectar a tiempo la corrupción. La sociedad debe tener los antivirios del autocontrol, que resulta un valor fundamental para neutralizar el daño de estas enfermedades enquistadas en muchos países. ¡La corrupción mata no solo el derecho sino, literalmente a personas!

En el relato del libro de los Hechos, en estas instancias jurídica inusuales e injustas contra el apóstol Pablo, la corrup-

ción y el cohecho no tardan en aparecer. En el texto bíblico leemos lo siguiente: "Al disertar Pablo sobre la justicia, el dominio propio y el juicio venidero, Félix tuvo miedo y le dijo: ¡Basta por favor! Puedes retirarte. Cuando sea oportuno te mandaré llamar otra vez. Feliz también esperaba que Pablo le ofreciera dinero; por eso mandaba llamarlo con frecuencia y conversaba con él. Transcurridos los años, Félix tuvo como sucesor a Porcio Festo, pero como Félix quería congraciarse con los judíos, dejó preso a Pablo" (Hechos 24: 25-27). Esta secuencia de corrupción, intento frustrado de cohecho y complicidad con los acusadores, provocó la permanencia de Pablo en la cárcel y luego el uso de su justo derecho de apelación al emperador, al ser él un ciudadano romano. Todo este proceso de apelación, nuevos juicios y posterior deportación a Roma marcan el final de libro de los Hechos pero, al mismo tiempo, el comienzo del uso de principios cristianos ciudadanos. En Pablo vemos los valores de la dignidad, el autocontrol y la entereza ante el acoso de un poderoso corrupto. En una unión subsidiaria de una visión jurídica y política, el apóstol de los gentiles nos orienta a la dosis de frutos espirituales que pueden vacunarnos contra los virus de la contra pandemia el odio, la injusticia y la difamación. ¡Aprendamos estos valores, en estos tiempos de pandemia iluminados con estos textos bíblicos que recobran siempre su vigencia!